

## **Capítulo 2**

### **Tres amigas**

Julia

Envuelta en una falda negra, medias tres cuarto a la rodilla, zapatos con plataforma para disimular su escasa altura y una camisa blanca abotonada al cuello, llegaba a clases en busca de emociones. El cabello negro de corte varonil no lograba ocultar una finísima cintura femenina. Meses atrás había cruzado por primera vez la imponente puerta de la facultad de Filosofía y Letras. Era en esa esquina de Viamonte y Reconquista donde la vida transcurría. Allí se entreveraban descubrimientos, amores, política, sueños y un ánimo eufórico que convertía el lugar en un mundo excitante y todavía ajeno. Julia solía imaginar que se encontraban, agazapados, escritores en formación, pensadores libres, políticos con un destino de grandeza. Jugaba a reconocer detrás de cada rostro quiénes serían los futuros protagonistas de la historia. Debía ahora aprender su lenguaje, sus códigos, su pulso. La tarea le resultaba por demás divertida e ingrata. Nadie posaba en ella su mirada. Transitaba por pasillos y clases de manera inadvertida pero sabía que llegaría el día en el que podría moverse con la misma desenvoltura y seguridad que mostraba el resto de sus compañeros.

Sólo era cuestión de tiempo, de una actitud decidida y de un momento oportuno.

Su oportunidad llegó una tarde de fin de septiembre cuando se acercó a un grupo de jóvenes reunido en el claustro central. Trepado a una silla que hacía las veces de improvisado palco, un muchacho, al que sólo había visto alguna vez por los pasillos, gritaba de manera decidida y emotiva. "No podemos permitir que nos arrebaten las conquistas obtenidas. El pueblo demostró en las calles, en la heroica jornada del 19 de septiembre que no está dispuesto a consentir más abusos. Aquel día fuimos cientos de miles los que le hicimos saber al gobierno que queremos elecciones libres ¡ya! Ahora, con el pretexto de un pequeño levantamiento militar pretenden restaurar el Estado de Sitio y quieren quitarnos de nuevo la autonomía. Quieren intervenir la Universidad. Pero nosotros vamos a demostrarles que no pasarán! Y aquí nos quedaremos hasta que den un paso atrás, es más, aquí nos quedaremos hasta que se vayan".

Las cosas habían precipitado en agosto, cuando la maldita guerra terminó con aquella maldita bomba de Hiroshima. Fue el 6 de agosto de 1945 a las 8:15 cuando Japón quedó sin aire. El diario titulaba en su quinta edición: "La bomba mató a 100.000 nipones. Ha

desaparecido toda vida humana, animal y vegetal en la zona de Hiroshima". El 2 de septiembre, el general Mac Arthur aceptaba formalmente la rendición de Japón. Los Estados Unidos parían de manera brutal la democracia en el mundo. Occidente festejaba, embriagado, después de tanto espanto. Por algún raro artilugio la onda expansiva de Hiroshima llegaba a la Argentina: Edelmiro Farrell levantaba el Estado de Sitio que se arrastraba desde hacía años. La oposición en pleno salía a las calles y día tras día había manifestaciones que exigían el fin del gobierno militar. La Universidad recobraba su autonomía. Pero un mes había sido muestra suficiente para el gobierno. Volvió a decretar el Estado de Sitio y las facultades estallaron.

Julia cargaba en su memoria las hazañas juveniles de su padre, estudiante de derecho en Córdoba en 1918, activo militante por la reforma universitaria y la lucha contra el fraude. Su madre, profesora de Letras, solía recitarle a Machado, García Lorca y Miguel Hernández. La guerra civil española se vivía en casa de los Constenla como un dolor íntimo. Julia conocía de memoria las batallas ganadas y perdidas en aquella lejana península, que nunca había visto, pero a la que, de algún modo, pertenecía. Los exiliados españoles los visitaban y relataban historias de vida y de muerte. Su

imaginario estaba con los resistentes. La pasionaria era su modelo.

“No pasarán”, repitió una y otra vez, desde la silla-palco, el dirigente estudiantil. No hizo falta escuchar más. Julia se sumó esa noche a la ocupación la facultad. A pesar de la primavera, un plumizo gris invadía el edificio. La luz mortecina de los claustros y las baldosas desnudas le dieron frío. No había llevado ropa y quedó acurrucada tratando de disimular su desazón. Al rato cobró ánimo y se acercó a un grupo en el que sólo conocía a las hermanas Martignoni y a Nora Raskovsky, una muchacha de hermosos ojos y figura imponente. Al rato el grupo empezó con la rutina de canciones. “Questa mattina,/ mi sono alzato,/ o Bella ciao, Bella ciao, Bella ciao, ciao, ciao,/ sta mattina mi sono alzato /e ho trovato l’invasor./ Oh partigiano, portami via” , pasaron del antifascismo al antifranquismo con “El ejército del Ebro, runbarabunbarabumbanba,/ a nado el río cruzó./ Ay Carmela, Ay Carmela”. Soplaban aires de resistencia en la facultad. El fin de la guerra en Europa había significado el inicio de una guerra imaginaria que se desarrollaba en fantasmagóricos campos de combate del lejano sur. El gran movimiento que decidió enfrentar a Perón y que comprendía un amplio arco

político se llamó a sí mismo "La Resistencia" y cumplieron con todos los ritos iniciáticos. Cantaban "La chanson du Maquí", "La Marsellesa" y sentían que la guerra no había terminado. La historia les daba la oportunidad de considerarse combatientes. Héroes. El combate no era tan dramático al fin. No se veían los muertos ni la sangre, no sufrían el hambre, no partían los hombres, no tronaban los bombardeos ni las sirenas anunciando el denso olor de la pólvora. Sólo llegaban las fotos. De París cuando era una fiesta. Guapos soldados besando profundamente a mujeres reencontradas, vestidos revoloteando, tanques victoriosos liberando caminos, renaciendo ilusiones. Y llegaban también fotos de las otras. Los campos de exterminio nazis recientemente descubiertos, las figuras esqueléticas, los humillados cuerpos desnudos, los ojos de miradas sin vida, las montañas de huesos, las duchas de gas, los hornos crematorios. El horror invadía el mundo, llegaba a Buenos Aires, y surgía "La Resistencia". Corría de boca en boca el rumor de que submarinos nazis estaban llegando al país. Nadie podía mantenerse al margen. Tardíamente desembarcaba la lucha contra del fascismo en la Argentina. Pero no había sangre, ni muertos, ni campos de exterminio. Las últimas sombras de la batalla se reflejaban en el sur.

Sombras deformadas en una geografía ajena. Destino argentino luchar entre sombras ajenas. Batallas de sombras chinas. Fantasmas. Y toda una vida para tratar de entender quiénes eran y por qué luchaban. Ojos puestos en Europa mientras un país nacía sin cuidado. Los dirigentes inflaban el pecho. Los conservadores se sentían demócratas. Los izquierdistas se imaginaban combatientes. La lucha en estas latitudes era victoriosa y amable. Hijos de la victoria, salían a la luz los estudiantes del '45. Todos podían sentirse vencedores. Comunistas y capitalistas. Todos tenían un mundo por construir, derecho a soñar y ánimo para hacerlo. Mucha sangre había sido derramada para permitirles este cuarto de hora de euforia. Sólo Perón y una masa informe de personas desaliñadas estaban allí para recordarles que vivían en Argentina.

El edificio de Filosofía y Letras se convirtió en territorio liberado. Los estudiantes habían tomado posesión y parecían dispuestos a resistir. Quienes quedaron afuera se agolpaban frente a las puertas con comida, frazadas y ropa. En el interior palpitaban la emoción de la lucha. Por la noche las cosas se complicaban. Mantenían algunas guardias estratégicas y el resto se amontonaba en algún salón para darse ánimo. Peor era la situación de los de Agronomía y

Veterinaria que habían ocupado el Decanato. Ellos sí estaban sitiados sin posibilidad de relacionarse con el exterior. Durante una reunión plantearon la necesidad de hacer contacto con los compañeros que permanecían en el edificio vecino. Era posible llegar por los techos. Julia, que hasta el momento permanecía invisible, encontró el modo de hacerse ver. Se ofreció para llevar los mensajes. Decidieron que ella trasladara los mandatos que se habían votado en Filosofía y Letras. Subió al techo, sola, en medio de la noche. Era su primera misión. El corazón latía fuerte. Debía saltar medianeras, atravesar la azotea y entrar por una pequeña puerta que daba a un pasillo. Supo entonces el significado de la palabra miedo. El frío se había disipado. En la terraza, bajo la única luz de la luna, sentía un calor denso y húmedo, similar a la fiebre. Detuvo su andar un segundo para habituar los ojos a la oscuridad. Sus primeros pasos fueron inseguros. La noche asomaba plagada de fantasmas, el profundo negro podía esconder ratas, gatos, personas. Perdida en un lugar indescifrable. Terrores infantiles en la noche. A lo lejos adivinó una linterna. Una pequeña luz que la llevaba directo a una puerta del Decanato. Corrió. Del otro lado, un muchacho de tez morena, petiso y simpático la recibió con cierto recelo. "Busco a

Norberto, Norberto Ras, traigo un mensaje de los compañeros de Filosofía” dijo casi sin pensar. La llevaron por un pasillo oscuro hasta el despacho del rector donde se amontonaban los ocupantes que no estaban en las guardias. Allí agradeció la luz, el brillo de las maderas lustradas, el verde inglés de las tulipas y el mate caliente que le ofrecieron. Norberto la miraba con indulgencia desde su imponente metro noventa de altura. La imprevista llegada de la muchacha animó a los estudiantes de Agronomía. Era bueno saber qué estaba sucediendo afuera. Era bueno ver a una mujer, aunque fuese de metro y medio y treinta y nueve kilos. Las excursiones por los techos se sucedieron. Y Julia se convirtió en Chiquita. Cada vez que algo debía comunicarse al Decanato los muchachones de la toma decían “dáselo a la chiquita que anda por los techos”. Desde entonces Chiquita fue su apodo. Y se convirtió en una más, y se movió con la misma seguridad que el resto de sus compañeros.

Tres días y tres noches duró la toma de la Universidad. Una mañana la manzana de la facultad fue rodeada por cantidad de celulares, carros hidrantes y policías armados hasta los dientes. Desde el interior comprendieron que el fin de la epopeya se acercaba pero no estaban dispuestos a rendirse sin algún gesto



de dignidad. Se agruparon en el Aula Magna y esperaron el desenlace. Sólo un segundo duró el silencio que precedió a la incursión policial. Un estruendo los conmovió. Decenas de hombres derribaron la puerta de entrada para terminar con ese sueño. Los estudiantes se pusieron de pie y alzaron los brazos. Comenzaron a cantar el Himno Nacional. Oíd Mortales el grito sagrado, Libertad, Libertad, Libertad. El gesto no conmovió a los represores que arrastraron, uno por uno, a los inmutables jóvenes, de los pelos, de los hombros, y en el caso de las mujeres, con las manos bien ubicadas en sus nalgas. A los policías les resultaba inconcebible la presencia femenina en espacios reservados claramente a los varones. Luego de humillarlas debidamente las obligaron a saltar por las ventanas. Como muñecos sin vida los estudiantes eran amontonados en los celulares. Fueron cientos los presos ese día. Julia era demasiado chica para ir a la cárcel del Buen Pastor junto al resto de sus compañeras y fue a dar al Departamento de Policía. El primero en llegar fue un abogado petiso y comunista que se llamaba Eduardo Calamaro, y que se sorprendió por la imagen infantil de su defendida. Le dejó un paquete de caramelos para que se entretuviese hasta que lograra ubicar a su familia. Pocas horas tardó en llegar don

Marcelino Constenla, secretario de juzgado, a recuperar a su hija y devolverla a casa. Más de diez veces debió Marcelino repetir el rito de sacar a la mayor de sus cuatro hijos de distintas comisarías.

“A mí me llevaron presa como doce veces durante el peronismo por las cosas más ridículas. Hacíamos manifestaciones relámpago. Nos reuníamos a la hora indicada unas quinientas personas en la calle Florida y empezábamos a tirar volantes, desplegábamos cartelones, gritábamos consignas, caminábamos una cuadra y después nos dispersábamos. Poco después se abrió la Casa de la Democracia que funcionaba en la calle San Martín, una vieja casa donde se reunían las damas de la victoria, la madre de Borges, Victoria Ocampo y otros grupos independientes. Rondaba por ahí también un tal Ernesto que años más tarde se convertiría en el Comandante Guevara. En la Casa de la Democracia se reunían universitarios e intelectuales que fundaron grupos democráticos como la Junta de la Victoria, la FUBA y la FUA.”

## **Octubre de 1945**

Aquella mañana la ciudad mostraba un aspecto endiablado. El cielo no amenazaba lluvia pero la gente andaba a los trancos buscando reparo. Los negocios mantenían bajas sus persianas. En los bares los parroquianos gesticulaban de manera ampulosa. Un raro aliento entre festivo y trágico se había apoderado de las calles. Sensación de fin de año. Ese día Lili no tenía clases, pero había decidido de todas formas ir al centro a encontrar amigos. Imposible permanecer en casa. Los muros de Conesa la apresaban. Su padre estaba cada día más irritable. La abuela Adela había muerto dos años antes y ahora la única que ponía un rasgo femenino en la familia era la tía Elvira, que vivía en la casa contigua del mismo terreno y había quedado viuda. Las muertes sucedían sin anunció previo pero ya no les prestaba atención. Bastaba entrar al caserón familiar para respirar un aire de hastío. Lili se volvía inexpresiva. Solía tirarse en la cama, sola, a escuchar música y esperar el momento de partir. Allí era una muchacha melancólica de dieciocho años pero cuando lograba huir su expresión cambiaba apenas subía al tren. Los ojos recobraban un brillo miel, la mirada volvía a ser atenta y vivaz. La vida debía estar

escondida en algún rincón, esperándola. Y no hacía más que buscarla. Ese viernes recorrió con pereza las calles con aires de domingo. Algo rugía en el ambiente y no lograba distinguir qué era. Grupos de hombres discutían en voz alta en algunas esquinas. Llegó a Avenida de Mayo. Las pocas personas que se le habían animado al centro se agolpaban frente al diario La Prensa para leer los titulares. Estiró el cuello lo más que pudo pero no consiguió ver nada. Un hombre de anchas espaldas, traje de corte, corbata de seda y bigotes finamente recortados saltaba de algarabía, "Es el fin del dictador", gritaba agitando su sombrero, mientras un susurro se levantaba entre la muchedumbre. Algunos aprobaban con vivas y otros prefirieron continuar su ruta. El rumor corría de boca en boca, la ciudad era un hervidero. Un canillita pasó gritando "Hoy se decide el futuro de Perón en el Círculo Militar".

Lili no sabía exactamente qué significaba eso, en realidad el destino de Perón le resultaba absolutamente indiferente, pero no pudo evitar sentir vértigo. Era el 12 de octubre de 1945 y ya estaba decidido: Perón debía ser arrestado. Lili no comprendía de política pero intuyó que la historia transcurría ante sus narices. No era la tormenta lo que arrastraba a la gente a correr por las calles. Era el miedo. Sensación que se

transmitía por el sudor, un imperceptible vibrar de las voces o los ojos levemente enrojecidos. Un sentimiento del que era imposible sustraerse una vez que cobraba vida. Lili sintió temor. Sin motivo aparente aceleró el paso. Sintió la boca seca. Era hora de volver sobre sus pasos, de buscar reparo. Se encaminó hacia su cita en el bar Florida. Nada le importaba el destino del coronel. Perón no era para ella más que un fante, un poco fanfarrón, un hombre corpulento y decidido al que se le atribuían todos los males del país. Un Judas para su padre y casi todos sus conocidos. Un militar que se atrevía a mostrarse con esa mujer, Eva, que le provocaba más gracia que indignación, una actriz que horrorizaba a las señoras de la sociedad, hablaba cuando debía callar y se mostraba en lugar de ocultarse, una transgresora nata que no aceptaba permanecer en su sitio. Nada de eso le producía el más mínimo disgusto. Había escuchado decir que Perón era nazi pero no terminaba de creerlo, lo juzgaba, más bien, un militar de pacotilla. A paso rápido llegó a la esquina de San Martín y Viamonte. Sintió alivio cuando descubrió a Julia sentada en una mesa junto a la ventana, esperándola. Las dos cursaban primer año. Tomaron una Bidú y trataron de entender qué ocurría afuera.

Lo que precipitó las cosas ese 12 de octubre y puso al coronel al borde del fin, nada tenía que ver con el nazismo. Se trataba de un hecho menor. El jefe de Correos recién designado era un pariente de la tal Eva. Según las crónicas, lo que animó a buena parte de la sociedad y el ejército a quitar al coronel del medio no fue su indisimulable parecido con el patético Benito Mussolini. Lo acusaban de algo mucho más inaceptable para la raigambre porteña: el hombre era un pollerudo. Y ¡de qué polleras dependía! Esa mujer no tenía límites, y para cualquier persona de clase estaba claro que una mujer debía tener los límites bien puestos. “Escándalo, despotismo, dictadura”, clamaban señoras y caballeros bienpensantes. La conjunción entre un apuesto, astuto y poderoso militar surgido al amparo de un gobierno autoritario y una bataclana popular y desenfrenada resultaba un cóctel explosivo. La excusa para justificar su arresto fue a todas luces banal. Quizás influyó en el ánimo de sus camaradas de armas el discurso que días antes había pronunciado desde los balcones de la Casa Rosada para renunciar a la Secretaría de Trabajo y Previsión. Allí el coronel anunció que había firmado su último decreto: aumento de sueldos, salario mínimo vital y móvil, participación en las ganancias. Como si eso fuera poco pedía al pueblo que se movilizara para

defender sus conquistas. Su suerte estaba echada. En el Círculo Militar se decidiría el arresto de Perón.

Mientras Lili y Julia reconstruían junto a los mozos y las personas de las mesas vecinas los motivos de tanta inquietud, a lo lejos se escuchaba el griterío de gente que caminaba por las avenidas cercanas. Pequeños grupos se dirigían a paso seguro hacia Plaza San Martín, y ellas decidieron seguirlos. Juntas caminaron el habitual recorrido que las llevaba a Retiro para tomar el tren. Esta vez no hablaron. En silencio observaron la ciudad que se abría a su paso. Calles que, desconocidas meses atrás, comenzaban a serles familiares. Ya podían sentirse parte de la ciudad y protagonistas de la historia. Caminaron por Viamonte hasta Florida. La arquitectura era un espejo del país. Ensueño de los poderosos, paisaje de París. Geografía sensual, con esquinas que finalizaban en suaves ochavas, voluptuosas cúpulas recortadas sobre fondo azul. La mirada en alto, descubriendo áticos, bohardillas, balcones franceses, imaginando bohemios artistas románticos. A los lados, enormes y sofisticadas tiendas que traían al sur la moda del norte. Vidrieras decoradas con delicadeza que ocupaban manzanas enteras y varios pisos a los que se accedía por enormes escaleras de mármol. Ciudad prostituta, al fin, lucía sus

atributos: lujo, potencia y fe. Por majestuosas puertas de hierro forjado, diariamente entraban a gigantescos negocios ejércitos de mujeres convencidas de que la vida era una ilusión, que la guerra había terminado y el futuro era rosa. Rubias de New York debían ser. Algunos edificios militares dejaban ver con claridad quién detentaba el poder. Frentes magníficos y ostentosos cuyo único propósito era exhibir la cantidad de gente que había trabajado en aquellos muros para que un general pudiese sentar allí su trasero: guardas irregulares, infinidad de relieves, ventanas, ventanales y ventanucos, bronces, columnas, capiteles dóricos, jónicos, frisos y relieves irrepetibles. Florida desembocaba en Plaza San Martín como un río que encuentra su delta, se mezclaba y entrecruzaba con otras calles-arroyos hasta diluirse en una plaza barrancosa.

Una vez que alcanzaron la esquina del Círculo Militar pudieron observar cómo se alternaban el movimiento frenético de unos y la parálisis de otros que sólo atinaban a mirar los sucesos con la respiración contenida. Se escucharon algunos gritos de mando, pero era imposible distinguir a quiénes estaban dirigidos. Dos muchachos portaban un precario cartel, "el poder a la Corte", decía en desprolijas letras negras



sobre una sábana robada de vaya a saber qué ropero. Hombres elegantes, con chaleco y sombrero a la moda, junto a estudiantes bohemios de cuello desabrochado unidos por el espanto. La tensión era palpable. Lili y Julia se ubicaron a la sombra de un paraíso en la entrada del parque. La movilización no era lo que esperaban. Habían perdido la oportunidad de marchar el 19 de septiembre cuando la ciudad vio desfilar a más de cien mil personas contra el gobierno. Mucho menos numerosa era esta manifestación y se preguntaban el porqué, cuando escucharon una detonación. Un golpe seco. La policía comenzó a disparar. Quedaron paralizadas por el estallido. Aturdidas vieron desvanecerse los contornos parisinos del lugar. Algunos corrieron, y en el revuelo las encontró un compañero de facultad algo mayor, Carlos Burone, que las tomó con decisión de las mangas y corrió con ellas barranca abajo hasta donde flameaba orgullosa la Torre de los Ingleses. "Se van ya de acá", ordenó, "no es lugar para niñitas", insistió de manera agresiva y no hubo forma de resistirse. A pesar de sus tímidos quejidos, ambas tomaron el tren a Belgrano. Al día siguiente volvieron a andar, juntas, el mismo camino. Comprobaron que el árbol en el que se habían apoyado tenía varios orificios de bala a la misma altura de sus cabezas. Se habían

salvado. Interpretaron el hecho como un bautismo de fuego, una comunión indestructible.

Raro octubre aquel en el que cada sol traía un alumbramiento. Nervios siempre a flor de piel. Comunicaciones permanentes. Militantes que corrían de movilización en movilización. Noches que se alargaban y nadie sabía qué país encontraría al volver del sueño. La política estaba tanto en las calles como en los palacios.

El 17 de octubre muchos comprendieron que la multitud podía tener otras voces, otros colores, otros perfumes. En camión, a pie o en colectivos llegaron a la ciudad los que nunca habían hecho oír su voz. Lili escuchó un altoparlante lejano que llamaba a marchar a Plaza de Mayo para liberar a Perón. Ese día estaba en Belgrano. Imposible llegar al centro. El paro fue total, los trenes inexistentes. Caminó hasta Cabildo para respirar lo que ocurría. Nunca había visto espectáculo igual. Imagen de borrachera. Aquel rugido percibió sordo días atrás, había estallado. Muchos todavía se negaban a escucharlo, a mirar al monstruo a los ojos. Algunos preferían esconderse, temerosos, en sus casas. Pequeños grupos marchaban tranquilos hacia el centro por Cabildo, mientras algunos camiones cargados de obreros de los astilleros del norte invitaban a subir a

quienes estuvieran decididos a acompañarlos hasta Plaza de Mayo. ¡Viva Perón, carajo! retumbó en la avenida. Cerca de Lili un señor de pelo cano engominado, traje blanco y chambergo blandió su bastón como si fuese una espada que apuntó a los revoltosos, y comenzó a gritar desaforado “Qué hacen patasucias, adónde creen que van, atorrantes, vuelvan a sus casas”. Lili miró la escena y sonrió.

Al día siguiente La Nación tituló con un lacónico “Luego de inquieta jornada fue armado anoche el nuevo gabinete”, y en una breve columna interior precisó su crónica del día: “Una multitud se reunió en Plaza de Mayo”. Eso fue el 17 de octubre para el diario de los Mitre. Raúl Scalabrini Ortiz, en cambio, retrató la jornada con estas palabras: “Era el subsuelo de la patria sublevada. Era el cimiento básico de la nación que asomaba, como asoman las épocas pretéritas de la tierra en la conmoción del terremoto. [...] Lo que yo había soñado e intuido durante muchos años estaba allí presente, corpóreo, multifacético, pero único en el espíritu conjunto”. Allí se alzaban por primera vez los condenados de la patria. Recuperaban espacio y se convertían en protagonistas. Inmigrantes, pobres, peones de campo, explotados de manera miserable por una oligarquía ciega, recorrían las calles de la ciudad.

No hablaban de guerra, ni de fascismo o nazismo. Los miserables simplemente querían dejar de serlo. Imponer sus derechos. Y Perón se los otorgaba de manera impensada. "Coronel fascistoide que utiliza a los lumpemproletarios" comentaban en la facultad, "hordas de desclasados" que se prestan al juego de la derecha, sentenciaban otros.

Lili recuerda y la mirada se le pierde. Parece sola al hablar. Hace una pausa y enciende otro cigarrillo. Finalmente encuentra las palabras. "Cómo son las cosas. El peronismo era incomprensible. Cuando asume Perón, la primera vez, yo fui a Plaza de Mayo por curiosidad. Nunca había visto una cosa así. Eran trabajadores en serio, gente que gritaba de corazón. A mí me enloqueció eso. Y las medidas que tomaron, que a la burguesía le parecían espantosas, me sonaban lógicas. En el fondo debo haber sido una peronista vergonzante".

## **Tres amigas**

Su amistad tenía fecha de inicio: 21 de septiembre de 1945. Julia compró unos ramitos de violetas al ciego de la esquina de Florida y Viamonte. El hombre había aparecido en los primeros días tibios del mes. Acomodaba un banquito de mimbre deshilachado junto a una gran canasta con una miríada de ramilletes de violetas, fresias y dos ramitos de jazmines que exhibía como un trofeo, eran los primeros de la temporada. Permanecía quieto y atento, con las manos apoyadas en un palo de escoba que funcionaba como bastón. Julia adoraba el perfume a jazmines que acompañaba aquellos cielos de un celeste sin igual. Inmediatamente cambiaba su humor. Muchas veces se acercaba al ciego por el solo placer de respirar hondo aquel aire dulzón y recordar las tardes de Tucumán; los juegos de la siesta bajo la parra; su infancia rodeada de multitud de tíos verdaderos y postizos. Volvía a sentir el sabor de los alfeñiques y de los higos que durante las siestas robaban a la vecina. Tardes de provincia que Julia revivía gracias al ciego de la esquina. Pero el hombre agregaba un atractivo a sus flores, solía deslizar junto con las monedas de vuelto un consejo para el día. Porque él no veía las siluetas que lo esquivaban de mal humor, no distinguía a las mujeres

que asistían a misa en la iglesia de la cuadra ni a las elegantes jóvenes que iban a las Galerías Pacífico. Pero veía con claridad el futuro. Sin dudar Julia pidió tres ramos de violetas, pagó y escuchó con atención la voz susurrante que le dijo: "Dios la bendiga, m'hija, no se va a arrepentir, usted sabrá a quién entregarlas". Respuesta por demás insatisfactoria que olvidó inmediatamente. Tomó los ramilletes y partió sonriente y decidida a encarar la vida. Recorrió apenas unos metros y entró a la librería de María Rosa Vaccaro. Parada ineludible, allí siempre encontraba a alguien con quien entablar conversación, se enteraba de las novedades, hojeaba los últimos libros recibidos. Pero esa tarde el local estaba vacío y el sol desaconsejaba encerrarse en un ambiente tan pequeño que olía a papel rancio, así que continuó su camino. Distinguió en la escalinata de la facultad la figura de Lili, sus largos cabellos rubios y la mirada permanentemente atenta. Se acercó y sin aclaración alguna le regaló uno de los ramos de violetas. Lili nunca había intercambiado siquiera un saludo con la muchacha menuda, de pelo cortísimo a la nuca. Recibió las flores con una media sonrisa. Levantó sus cejas en señal inconfundible de asombro. El modo de actuar de la pequeña desconocida le resultó absolutamente descacharrante. Encontró

ridículo aquel gesto gratuito de ingenuidad y bondad. Evitó largar una carcajada y sólo atinó a mirarla de manera inquisitiva. Lejos de ofenderse Julia comprendió que sus violetas habían provocado lo que quería. Desde chica le había resultado fácil lograr con pequeños gestos lo que se propusiese, y su único fin en esta ocasión era iniciar un diálogo. Aunque la pregunta no había sido formulada era necesaria una respuesta. “Así se usa en mi provincia, repartir flores en primavera”, explicó, y rápidamente comenzó a relatar los principales hechos de su vida: su viaje desde Tucumán en 1938, el arribo a la capital para instalarse en el barrio de Belgrano y su paso por el Colegio de la Misericordia. Sí, el de la monja Josefina. Y los negritos africanos. Y las duchas con camisones. Y el olor a naftalina de los claustros. Y aquel mismo año 38. Año de mudanzas, de cambio y de muerte. El fin de una época. Y ahora allí, las dos, por casualidad, porque sus padres así lo quisieron, porque era la única posibilidad de estudiar. Julia quería ser abogada, Lili médica. El azar y los tiempos las cruzaron en aquellos escalones de Filosofía y Letras. Hablaban animadamente sometidas al encanto del descubrimiento, sin siquiera darse cuenta de que interrumpían el paso en la enorme puerta de madera, único ingreso a la facultad. Los

demás estudiantes sorteaban sus figuras sin atreverse a importunar. Fue entonces cuando se arrimó Pirí a la conversación. Subió lentamente los escalones que conducían a la puerta con un leve balanceo que hacía más atractivo su andar. Con la misma gracia de las miradas apenas estrábicas, Pirí exhibía su renguera como un arte de seducción. Lili solía sentarse junta a ella y a su novio, Carlos Peralta, en los cursos de Filosofía. Julia quería unirse a aquel grupo, representaba para ella el ingreso a la intelectualidad. Sin mediar palabras entregó el tercer ramo de violetas a Pirí quien, con tono ceremonial, se presentó: “Soy Pirí Lugones, nieta del poeta, hija del torturador”.

## **Pirí**

Siempre se supo un ser especial. Desde chica comprendió que su destino era único e intransferible. Esta convicción no se debía al hecho de haber transcurrido su infancia enyesada o encorsetada. Una tuberculosis ósea la obligó a duros tratamientos y le dejó como secuela una renguera que se profundizaría con los años. Pasó su infancia postrada, mirando,



reflexionando, y quizás por eso sus ojos parecían imantados. Los objetos se presentaban ante ella de manera animada, los observaba lentamente y lograba fundirlos, alborotarlos y hacerlos bailar con un abrir y cerrar de párpados. No fue la enfermedad la verdadera causa de su tormento. Su diversidad residía en su propio origen. Ella era, por sobre todas las cosas, Pirí Lugones, hija de Leopoldo Lugones (h) y Carmen Aguirre. Aquel matrimonio Lugones-Aguirre, pensado como la unión de un príncipe y una princesa, terminó siendo una conjunción endemoniada. Las apariencias no tenían sentido. Si bien ninguna de las dos familias poseía una gran fortuna, sin duda imaginaban que formaban parte de los "elegidos de la tierra". El suyo debía ser un futuro de grandeza. Carmen era hija de Julián Aguirre, reconocido compositor de "sonatas nacionales" de principios de siglo, niño mimado de la sociedad aristócrata de entonces. Su unión con el mismísimo hijo de Leopoldo Lugones representaba, sin dudas, un gran matrimonio nacional. Pirí había sido convidada al Olimpo de los dioses. Se paseó entre sus mármoles, vistió sus sedas, comió sus frutos y bebió del cáliz su vino. Y supo de su sabor rancio.

El jardín de las delicias se desvaneció en el preciso momento en que supo la verdad sobre su

padre. Era todavía una niña cuando leyó una noticia que haría temblar su identidad. Un día de 1933 una compañera de escuela le acercó un recorte del diario *Crítica* donde se veía una enorme caricatura de su padre torturando a un detenido con aire feroz. La nota relataba los tormentos sufridos por una de sus víctimas: "Al entrar en el sótano, Nicolás Cambriglia vio, colgando de cabeza del techo, a su hermano maniatado, asistió a las torturas que amenazaban matarlo". Pirí, notoriamente conmovida, preguntó a su padre si era cierto lo que decía el diario. Él acarició con suavidad su cabeza y trató de calmarla: "Pero no, hijita, cómo podés pensar eso de mí". Para Pirí las cosas estuvieron claras. Comprendió por qué su padre solía despertarla con un toque de diana a las seis de la mañana. Resonaron en su memoria los ecos de la violencia contra su madre. Tuvo una idea cabal de por qué Carmen había decidido abandonarlo. La verdadera esencia de su padre se presentó ante ella de manera clara e incontrovertible: era un torturador, y sus hijas fueron sus primeras víctimas. Él, Polo Lugones, hijo de Leopoldo, célebre poeta e imponente abuelo de frondosos bigotes y manos tiernas, que sostuvo que "Leopoldo Lugones es uno y vive en su hijo", de aquella sangre aristócrata había surgido un torturador.

Leopoldo Lugones (h), jefe de la sección Orden Político de Policía durante la dictadura de Uriburu que inició en los años treinta una larga serie de golpes militares, fue denunciado reiteradamente por haber inventado algunos de los más perversos e inimaginados métodos de tortura para quebrar a los opositores: sumergía sus cabezas en baldes llenos con sus propios excrementos.

La certeza de ser una auténtica Lugones comenzó a atormentarla. Nadie sino ella podía comprender aquella mezcla de orgullo y horror que sentía al decir "Soy Pirí Lugones". Lo que le había sucedido era una carcajada del destino. Si algún Dios existía por allí, debió hacer con ella la broma más perversa.

Pirí podía imaginar la mueca burlona de los torturadores al ver aquel rostro lívido por el horror, cubierto de mierda y al borde de la asfixia. Se decía también que el comisario Polo Lugones introdujo el uso de la picana en los interrogatorios. Científico método de persuasión que consistía en hacer correr la corriente eléctrica por genitales, lengua o pezones de los detenidos, los cuerpos se estremecían, sufrían convulsiones espasmódicas, gritaban de manera aterradora, los ojos salían de sus órbitas y, sobre todo, tenían clara conciencia de que ya no existían como

individuos, de que sus vidas estaban en manos de verdugos, tocaban el fondo de la existencia humana y se enfrentaban a un dilema de difícil solución: cómo recuperar la dignidad después de la vejación. Su padre debía estar orgulloso de aquel invento. Así vivió Pirí aquella revelación. Los dioses habían parido un monstruo. ¿Qué significaba entonces ser una Lugones? ¿Cómo podía ella, con sus pocos años, asimilar el amor y el espanto que le provocaba su apellido? Ésa fue su verdadera herida, para toda la vida. ¿Qué importancia podía tener una enfermedad, qué dolor podía provocarle una renguera? Nada. Pirí nunca se lamentó por aquel defecto, lo llevaba con orgullo y distinción. Su dolor, su verdadera herida lacerante fue aquel quiebre de identidad. Desde entonces sólo tuvo un modo de presentarse: "Soy Pirí Lugones, nieta del poeta e hija del torturador". Sabía que en esa definición estaba diciendo todo y nada. Que se anulaba en el mismo momento de su pronunciación, que nada venía implícito, ni de bueno ni de malo, en ser una Lugones. Pero no podía dejar de mencionarlo porque aquel vacío la definía. Un vacío de sentido que en rigor conforma la esencia de cada individuo, el sinsentido que rige la existencia, pero que sólo quienes alguna vez creyeron poder cubrir aquel espacio de nada, sólo quienes han

aspirado a llenar aquel hueco del alma podrían comprender el sufrimiento de la pérdida. Entonces Pirí decidió abandonar el espejismo del Olimpo, tomó sus sedas, llevó en la memoria el sabor de sus mieles y le dio la espalda. La ironía pasó a ser su modo de relacionarse con el mundo. Fue tajante y hasta cruel, con ella y con los otros. El destino no era otra cosa que un subterfugio de la ignorancia. Nada estaba dado. Sería ella quien debería decidir el rumbo de su vida. Nadie más que ella podría darle sentido y significado.

A los setenta y cinco años Julia todavía recuerda como momentos fundacionales su ingreso a la facultad y la amistad con Lili y Pirí. Su cabeza ahora es plateada y lejos ha quedado la esmirriada silueta de su adolescencia, pero conserva intacta la picardía en los ojos. Ofrece sin reparos una mesa bien servida por masas y sandwiches de miga junto a todos sus recuerdos. "Pirí estaba más cerca de los grupos nacionalistas y sofisticados. Yo conocí a Alicia Eguren y todo su grupo gracias a ella. Lili por entonces era bastante melómana, le gustaban la literatura y la música y las largas conversaciones sobre cultura o filosofía. La política no le interesaba demasiado. Por esa época andaba enloquecida con D. H. Lawrence. Yo en

cambio deliraba por Sartre y los existencialistas, amaba a Ives Montand y a Jean Moreau. Francia era mi norte. También había quedado impactada con el libro de Ernesto Sábato, que salió en el mismo '45, *Uno y el Universo*. Con Lili íbamos bastante al Colón o al teatro, pero yo era más politiquera. Después de la ocupación de las facultades ella se incorpora más a la actividad universitaria. Le gustaba el ruido, la acción, la emoción, como a mí. Y las dos nos considerábamos democráticas y antifascistas.”